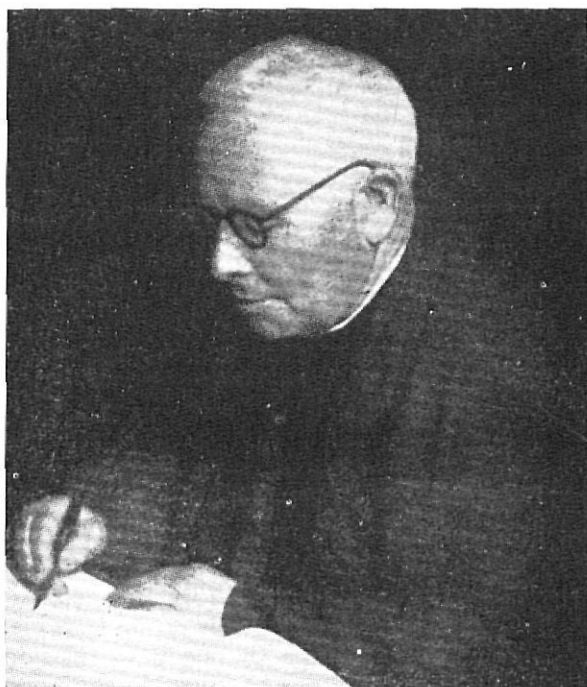


Los que encontré en el camino



MONSENYOR

ANTONI GRIERA

Camil GEIS, prev.

La primera vez que sonó a mis oídos el nombre del Doctor Antoni Griera — más tarde Monseñor, por concesión pontificia —, fue a fines de la segunda década de siglo. Yo era estudiante en el Seminario gerundense. Conocí a un seminarista, de una promoción muy anterior a la nuestra, que se había manifestado precoz poeta y muy dotado para estudios lingüísticos. Era Xavier Carbó, al que llevo dedicado un artículo biográfico en esta misma revista. Sus compañeros de estudios sentían una gran admiración por él, y con razón: se la merecía. Obtuvo una beca de la Diputación de Barcelona para ir a estudiar Filología Románica en una Facultad especializada, en el extranjero. Los estudiantes decían que era la beca que había dejado vacante mossén Griera, por haber acabado dichos estudios. Carbó no pudo disfrutar de dicha concesión, ya que murió prematuramente cuando acababa de ser ordenado subdiácono. Sus compañeros de estudios promovieron la publicación de una antología de su producción literaria — verso y prosa — que vio la luz pública al cabo de poco de su deceso: se publicó en Gerona en el año 1919. La publicación iba acompañada de varios artículos encomiásticos: Mossén Tomás Noguer, Mn. Francesc Gay, Dr. Tomás Carreras i Artau, profesor de la Universidad de Barcelona y director-fundador — en la misma Universidad — del «Arxiu d'Etnografia i Folklore de Catalunya», del cual Carbó era colaborador... y del Dr. Antoni Griera. Era la primera vez que yo veía este nombre al pie de un artículo. No podía soñar entonces, yo adolescente, que, en años venideros, tendría mucha relación con este ilustre filólogo. El Dr. Griera empezaba el mencionado artículo diciendo: «En Xavier Carbó ha estat un dels col·laboradors més actius i desvetllats del «Diccionari de la Llengua Catalana». Dicho libro, hoy rareza bibliográfica, ha sido recientemente reeditado a iniciativa de sus admiradores coterráneos. Cassá de la Selva, su villa natal, dedicó una de sus calles a su nombre.

El nombre del Dr. Griera, colaborador de aquel libro póstumo de Mn. Xavier Carbó, ya no se borró jamás de mi memoria. De lejos o de cerca, continué siguiendo sus actividades lingüísticas.

* * *

Mi relación — epistolar — con el Dr. Griera empezó en el año 1924. Por sugerencia del Dr. José M.^o Llovera, a la sazón canónigo de la Catedral de Barcelona, antiguo profesor mío en el Seminario de Gerona, el Dr. Griera me pidió colaboración para el número extraordinario de «Catalunya Social», con ocasión de las fiestas navideñas. Estos números extraordinarios, que la citada revista publicó cada año hasta su desaparición en el vendaval de 1936, eran unos espléndidos almanaques, para los cuales era solicitada la colaboración a escritores de las más variadas es-

pecialidades literarias. El Dr. Griera filólogo doblado de sociólogo, era de los que más se movían en la redacción de dicha revista. Es por esto que fue él quien me pidió la citada colaboración. Mandé un poema de tema navideño que sería el inicio de mi futuro libro «Poemes de Nadal». Ya nunca más faltó mi colaboración a dichos almanaques.

Mi relación personal con el Dr. Griera empezó en 1929, en Barcelona, con ocasión de mi incardinación a dicha diócesis.

Recuerdo la emoción que experimenté un día en la Facultad de Filología Románica de Lyon, a la que yo asistía en calidad de «auditeur», cuando el profesor, Dr. Gardette, citó, entre otros filólogos insignes de diversos países, el nombre del Dr. Griera. Hubiera querido gritar: «Es de mi país! Le conozco...».

Posteriormente, mi relación con Monseñor Griera fue más reiterativa, a causa del vecindaje: yo residente en Sabadell y él en Sant Cugat del Vallés, en calidad de párroco de la localidad, cuya iglesia parroquial es la del antiguo y célebre monasterio. Durante dicho rectorado, Monseñor Griera se desvivió por la sabia restauración de este monumento arqueológico, y, en las dependencias del mismo antiguo cenobio, instaló su Instituto Internacional de Cultura Románica.

En el año 1943, fuimos compañeros de Jurado en una solemne «Fiesta de las Letras», celebrada en Sabadell. Era la primera vez, después de la guerra civil, que un certamen literario celebrado en nuestra región podía premiar composiciones en la lengua de Verdaguer. Esto fue posible gracias a la tenacidad del Alcalde de la Ciudad, don José M.^o Marcet: justo es recordarlo, porque esto forma parte de la pequeña historia de nuestra reviviscencia literaria. Actuó de Mantenedor-Presidente don Eduardo Marquina — que entonces pasaba días en su finca de Cadaqués —, cuyo discurso, verdadera pieza antológica, fue publicado con todos los honores. En la misma ciudad, en 1952, fuimos también compañeros de Jurado en unos Juegos Florales conmemorativos del cincuentenario de la muerte de Verdaguer.

* * *

La afición a los estudios lingüísticos se manifestó en el futuro Dr. Griera cuando todavía era un adolescente estudiante en el Seminario de Vic, cuna de ilustres cultivadores de nuestra lengua vernácula. Fue una vocación hija de un ambiente propicio: se respiraba en aquella época un clima de entusiasmo colectivo por la normalización académica de la gloriosa Lengua de Ramon Llull, depauperada a causa de un plurisecular período de decadencia literaria, pero que se encontraba viva en la voz del pueblo y muy lezana en los

labios de la población rural. Los poetas — grandes poetas — habían vuelto a hacer uso de ello. Venían después los filólogos a estudiarla y estructurarla.

En aquel clima de entusiasmo surgían filólogos como un Antonio M.^o Alcover, canónigo de Palma de Mallorca que, en 1901, proyectaba la empresa de un gran Diccionario de la Lengua Catalana, y como un Pompeu Fabra, que, en la misma época estructuraba una Gramática y unas Normas Ortográficas.

Además, en 1906 se celebraba en Barcelona el Congreso Internacional de la Lengua Catalana, y, en 1907, la Diputación de Barcelona creaba el «Institut d'Estudis Catalans».

En conjunto, un buen ambiente para la eclosión de la vocación filológica del joven Antoni Griera.

En 1908, en plena carrera eclesiástica, Antoni Griera toma parte en unas oposiciones para una de las 3 becas, creadas por la Diputación de Barcelona, para 3 jóvenes que desearan pasar a estudiar Filología Románica en Universidades especializadas en el extranjero. Ganadas las oposiciones, encontró dificultades por parte del Rector del Seminario de Vic, pero el Obispo, el Dr. Torres i Bages, le facilitó la salida sin tener que renunciar a los estudios eclesiásticos.

Los otros 2 jóvenes becarios fueron Pere Barnils y Manuel de Montoliu.

Griera estudió en Halle, Zurich y París.

Volvió doctorado en Filología Románica.

Con Barnils y Montoliu, fundó el «Butlletí de Dialectologia Románica».

Muerto, muy prematuramente, Barnils, y especializado Montoliu en la crítica y la investigación literaria, Griera, acabada nuestra guerra civil, empezó a publicar un «Boletín de Dialectologia Española».

El Dr. Griera colaboró en diversas publicaciones nacionales y extranjeras, principalmente sobre temas lingüísticos, y tomó parte en varios congresos internacionales de Filología Románica.

Su bibliografía es muy extensa. Cabe destacar: «Atlas Lingüístic de Catalunya», «Atlas Lingüístic d'Andorra», «Atlas Lingüístic de La Vall d'Aran», «Tresor de la Llengua, de les Tradicions i de la Cultura Popular de Catalunya», «Gramàtica Històrica del Català Antic», «Gramàtica Històrica Catalana», «Vocabulario Vasco», «La Vinya, la Verema, el Vi», «El Dr. Josep Torras i Bages», «Consueta Jueva», «Litúrgia Popular», «Homonímies», «Els Ormeigs de Pesca, els Noms dels Peixos», «Interpretación de Mapas de los Atlas Lingüísticos Románicos», «Memòries» .. Y tengo interés en citar una publicación que no he visto citada en ninguno de los artículos bio-bibliográficos aparecidos en diversos periódicos a raíz de su muerte: se trata de un libro traducido

del alemán — idioma que él conocía a fondo —: «Diccionari Litúrgic», de Braun, que hoy es una rareza bibliográfica, difícil de encontrar, pero que tengo la suerte de conservar en mi biblioteca.

Estaba en posesión de diversos títulos: de Doctor «honoris causa» por las Universidades de Lovaina, Vvürzburg, Upsala y Zürich; era miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Director del Instituto de Cultura Románica; fue catedrático de la Universidad de Barcelona, del Seminario Conciliar de Barcelona, de l'«Escola Superior de Belles Arts de Sant Jordi», de l'«Institut d'Estudis Catalans», miembro de honor de la «Görres Gesellschaft» y estaba en posesión de la Cruz de Alfonso el Sabio.

La gran actividad cultural de Monseñor Griera — título que ostentaba por concesión de Pío XII — la podemos encontrar reseñada en su libro «Memòries», uno de los últimos libros que me dedicó. Es un libro de historia de unos tres cuartos de siglo de cultura catalana. Visión personal, apasionada de una época en la que se movieron — él entre ellos — unos hombres que, en nuestro romance, yo calificaría de «homenassos»: la palabra «homenots», tan cara a Josep Pla, me parece más bien peyorativa. A todos les movía un

mismo ideal: el amor al idioma «pairal». Y el amor, cuando arde en pasión, suele engendrar celos y envidias.

Aludiendo a unas serias divergencias suscitadas otrora en nuestro mundillo lingüístico, mossèn Miquel Melendres, en un artículo necrológico — Requiem por un Filólogo — dedicado al Doctor Griera, publicado en Diario de Barcelona el día 12 de febrero de hogaño — artículo de póstuma publicación, ya que Melendres había fallecido dos días antes—decía: «Cuánto esperó de tí y cuánto recibió la lengua catalana, a la que tanto amaste, y cuyo Atlas fue tu mayor ilusión. Y más, sin duda, habría recibido, de no haberte aislado — respeto tus razones — como otro Alcover, de los que, en tus primeros tiempos del «Institut d'Estudis Catalans», formaban un equipo prometededor de logros fecundísimos». Pero esto ya pasó al juicio de la Historia. Lo importante para nuestra cultura es la obra que nos han legado estos hombres, a pesar de sus humanas divergencias.

Monseñor Antoni Griera i Gaja, nacido en Sant Bartomeu del Grau, el día 7 de enero de 1887, murió, en Castellar de Vallés, donde vivía retirado en sus últimos años, el día 4 de diciembre de 1973.